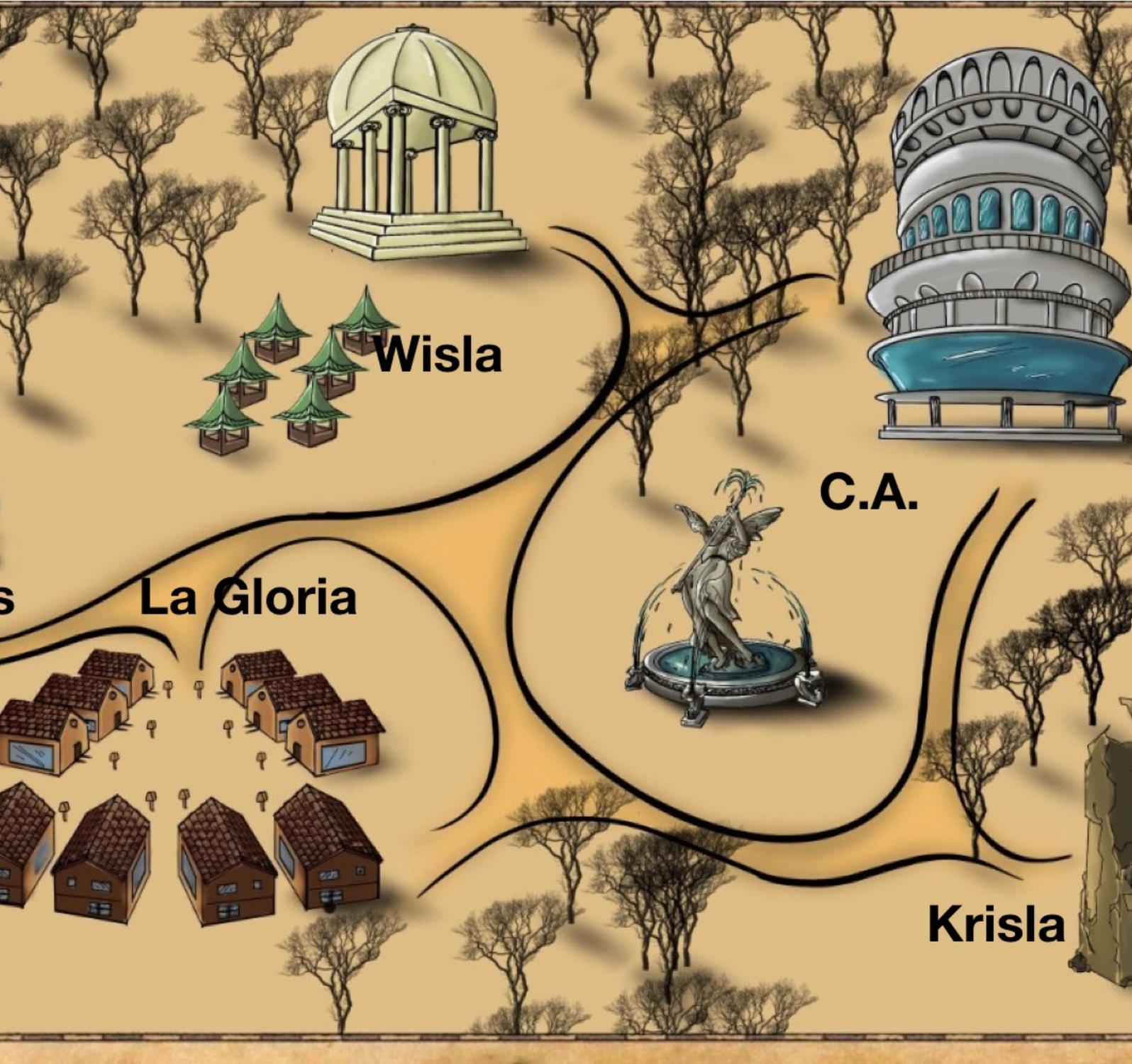


# Juego con bebés

carmen sogo



# Capítulo 1

## JUEGO CON BEBÉS

Debo ser la única chica de dieciséis años en España a la que han echado de casa en este siglo. Mi madre se quedó llorando. Es lo que mejor hace. Mi padre me dijo como vuelva a verte te doy una patada que se te seca la barriga. Metí ropa en una bolsa de viaje y me largué sin soltar una lágrima. Coño, ini de mis hermanos me despedí! Según mi padre a los dieciséis ya tengo edad para trabajar, y si he sido tan "lista" como para dejar que me hagan un bombo no tendré problemas en encontrar un curro. La tarjeta de transporte aún me sirve unos días más y tengo cinco euros en el bolsillo, una mierda. En muchos sitios hay enchufes para cargar el móvil y está pagado hasta el día veinte. No quiero pensar en el futuro. Me subo al tren de Cercanías y me bajo en Orcasitas, le he puesto un mensaje a la Miriam, me está esperando. Le cuento. Tu padre siempre fue un cabronazo. Lo siento tía, pero es mala gente. Me duele, pero tiene razón, será mi padre pero es un cerdo. Sabe el teléfono de un sitio para ayudar a mujeres maltratadas. Yo no lo soy, pero quizás me puedan ayudar. Me envían donde unas monjas que recogen chicas preñadas y solas. Hay más como yo. Llamo, está lleno. Me dan otro teléfono. No hay sitio y a la tercera me dicen que vaya. La Miriam viene conmigo, se salta las clases, es una tía legal y no me va a dejar sola. La casa está lejos de la parada del bus. Al entrar, un patio de tierra con alguna hierba verde donde están tres chicas que nos miran fijamente, dos tienen bebés, la otra está embarazada. Me retuerzo los dedos. La casa la debieron pintar hace mil años, no tiene mucho mejor aspecto que las de Villaverde. Llamo al timbre, quisiera que fuera la Miriam la que hablara pero me toca a mí. Sale una mujer con el pelo muy mal cortado y con muchas canas amarillentas. Su ropa es vieja y se nota que solo la usa para taparse, por no estar desnuda, vamos. Nos dice que pasemos, que me estaba esperando, nos hace sentar y nos da un vaso de agua. Hace calor. Me pregunta que si sé limpiar. Claro, y cuidar niños y viejos, crié a mis hermanos y le limpiaba el culo a mi abuela y la sacaba al sol. Me dice que me dará unas direcciones de casas que necesitan chicas pero que quizá no me cojan porque soy muy joven. Con las monjas tendré cama y comida hasta que el niño cumpla los seis meses, luego me tengo que buscar la vida. Dice que ahorre lo que gane y que intente trabajar mucho ahora que aún puedo, al final del embarazo será más difícil y cuando nazca el crío imposible. La única pregunta que se me ocurre es si tengo que ir a misa y la Miriam me mira como diciendo, pero si es una monja. Y ella dice que soy libre que no quieren saber nuestras creencias. Nunca he sido libre. Cuando la Miriam se va me enseña mi cama, hay tres chicas más en la habitación, una con un bebé, las otras dos con barrigón. Ninguna habla español. La monja me dice que tal vez estaría mejor con un grupo de latinas pero que no quedaba otra cama libre. Pero que me llevaré bien con ellas, todas estáis en una situación similar, eso une. Ni una española. Ya

decía yo que en este siglo solo el bestia de mi padre echa a su hija de casa. Todas son extranjeras que han venido con el embarazo puesto, alguna lo sabía, otras ni eso. Están más asustadas que yo las pobres. A ninguna la echaron de casa. Pero no todas están tristes. En las casas a las que me manda me dan trabajo rápidamente, tengo pinta de buena chica, digo yo. Intento hablar bien, como con los profesores. En una tengo que recoger a los niños del cole y cuidarlos toda la tarde hasta que llegan sus padres, las nueve de la noche. Precisamente me cogen porque soy muy joven y me llevaré bien con los niños, no les digo lo de mi embarazo. No se lo digo a nadie. Es una idiotez porque lo van a notar pronto, pero me da vergüenza. En otras dos es para hacer la limpieza por la mañana. Entre las tres suponen ochocientos euros al mes, mucho más de lo que imaginaba. Y como a las monjas no hay que pagarles los ahorraré casi todos para tener dinero cuando nazca el peque. Quedo con la Miriam el domingo para ir al Retiro. Me dice que podía haber pensado en abortar y no me habría complicado la vida. Supongo que son cosas de las hormonas. Es la única que sabe del hijo de puta de mi tío y de que no quiero hablar de eso con nadie. En mi familia no me creerían, soy una descarada. Me dice que tengo que ir pensando en el nombre y le digo que si es niña la llamaré Miriam y se rebota, que no, que no le gusta, que busque otro. Y si es niño Iván. Y repite que no, que es muy feo y que el Iván es mi hermano y los voy a confundir. No se me ocurren otros. Las monjas son geniales, nos tratan con cariño y respeto, sobre todo la que me abrió la puerta. Todas huelen a jabón. Las chicas latinas son gente legal, buenas colegas. Las otras también pero no las entiendo, les cuesta hablar español. Todas están acojonadas, yo también. Con la que mejor me llevo es con Doria, de Santo Domingo, dice que allí siempre hace calor. Tiene ya una enorme barriga y unas tetas inmensas, es muy negra y grande. Me enseña a vestirme más ceñida, a mostrar mi cuerpo, dice que es bonito. No le hago caso, me veo mejor con mi ropa. Me maquilla, me pone como una payasa. Nos reímos. Ella me ve perfecta, yo ridícula. Pienso mucho en el futuro pero no llego a imaginármelo. Los niños del trabajo son muy traviesos, me agotan, pero me divierten. Una de las casas está sucísima siempre, ivaya tres guarros!, si no fuera por el dinero los dejaba. La otra no me da ningún trabajo y eso que viven cinco personas. Entre nosotras nos prestamos la ropa porque se nos va quedando pequeña. No gasto casi nada, ahorro para mi niño que empieza a ser menos abstracto. Salgo mucho con la Miriam. Algún domingo voy a misa. Tengo dieciséis años y vuelvo a jugar con bebés.